

ablecida ésta, más que otra cosa, dejaba hacer. Ahora, léjos de los ojos, léjos del corazón. Lo que sucedió sucedió, y si te he visto, no me acuerdo.—

Más Julia, con todo el conocimiento que tener creía del carácter de John, se engañaba maravillosamente.

## LXXXVIII.

## UNA CABEZA DE HIERRO.

Mientras Julia en Nápoles consagrábase tranquilamente á cuidar con amor de su padre, de su madre y de sus hermanos, deseando sólo la quietud de una joven dedicada por completo á cumplir sus deberes de hija y de hermana, su recuerdo no dejaba tener paz en Parque Verde á los que habíanla conocido y amado. Los amigos de la casa Needle, á los cuales no se pudo encubrir la razón de su precipitado acuerdo, decían á su favor cuanto bueno imaginaban, reconociendo que nada más decoroso



se podía desear en una doncella cristiana y celosa de su honor: aquella renuncia tan terminante á la dicha que le ofrecieron demostraba, según ellos, inteligencia y corazón: en su sentir, el muchacho debía dar gracias á Dios por haber tenido Julia más juicio que él. Por el contrario, Clara y Clemencia que ignoraban las semi-negociaciones estipuladas, no concluían de llorar á su amada maestra, cuyo nombre tenían á cada momento en la boca, sin saber consolarse de su partida sino con la esperanza de su vuelta próxima.

Lisongeábalas su madre, de un modo vago, con la esperanza del retorno, á pesar de creerlo muy difícil, y de reputarlo inoportuno, á no ser que John se casase pronto y pusiese casa, separandose de los demás de la familia. Aun en este caso, nada probable, dudaba mucho de la voluntad de Julia, poco dispuesta indudablemente á tomar de nuevo la batuta, una vez dejada. Esto no impedía que, al cabo de algunas semanas, más aún que en el primer momento de su despedida, sintiese destrozado su corazón por la pérdida de su incomparable amiga. Cien veces al día necesitaba de la joven, y cien veces experimentaba la gran amargura de tenerla tan le-

jos. Al fin se tranquilizaba, resignándose á medias, y diciendo:—Es una necesidad; lo quiere Dios: nadie puede hacer nada.—

No así John. Dejaba decir á los amigos de la casa que haría muy bien pensando en cualquier otro enlace; dejaba repetir á los parientes, convertidos todos en consejeros, que olvidase á la de Nápoles: por única respuesta murmuraba para sus adentros:—¡*Hum!* Veremos.—A su madre, que alguna vez le compelia con amor para que se casase, contestaba terminantemente:—No tomo dos partidos contrarios sobre un mismo negocio. Este grupo de consejeros que me disuaden de mi resolución sirve cabalmente para confirmarme más en ella. ¡Oh! Ninguno ha sabido darme una razón de valor; todos concluyen con un ¿qué se dirá? Pues bien; soy un sér racional: por medio de la razón, todo; por medio de chácharas, nada.—

—Esta bien; pero hay una razón buena: porque falta el consentimiento de Julia. ¿Te parece poco?

—Apuesto à que se ha retirado precisamente por prever el zumbido de los avispones, y que, si se cesase, otro gallo me cantara. Además, ¿quereis que lo diga todo? Si, arrojándose Julia en vuestros brazos,



hubiese dicho un sí bello, inmediato, sonoro, solemne, me hubiera hecho el efecto de un chorro de agua helada sobre mi cabeza. Empero su oposición al matrimonio por la disparidad de fortuna (no puede haber otro motivo) le ha dado á mis ojos la postrer aureola, si le faltaba. . . . O ella, ó ninguna. . . . A lo menos por diez años. —

La pobre madre no sabía que resolver. Por una parte parecía dulce que fuese su nuera la joven angelical adornada de todas las nobles prendas personales hacia la que sentíase compelida en el tiempo y en la eternidad. Conociendo, por otra parte, su índole piadosa y mansa, comprendía que ninguna sabría soportar á su hijo tan bien como ella, dominarlo á buenas y quererlo, á pesar de su naturaleza, leal, sí, pero inepta para demostrar una ternura: tales eran las consideraciones en favor de la joven. Empero ¿cómo ir contra la corriente general de los parientes? ¿Cómo se conducirían con ella, si quedaban descontentos los amigos y conocidos?

John no daba muestras de abandonar su propósito: su amor á Julia parecía confirmarse tanto más por el raciocinio, cuanto menos tenía de novelesco y de fantástico: dominábase para no romper con toda su

parentela; pero era más fácil atraer á los demás à su opinión, que hacerle desistir á él.

Aprovechó la madre una buena coyuntura para ponerse de acuerdo con la mayoría ó venir á una solución, fuese la que fuese. Esperaba en el castillo á varias excelentes mamàs, que de un modo especial procuraban con ahinco persuadir á John de que debía fijar su mirada en otro semblante. Habiéndolo traslucido el joven, dijo á su madre:—Mañana debo ir á Newcastle, haced mis veces, y presentad mis excusas.— La Needle comprendió su propósito; disimuló y dióle dos líneas para el banquero que tenían en aquella población. Era precisamente el designado por John para que cuidase momentaneamente de las pequeñas, si la enfermedad de su madre se agravaba muchísimo: hombre de mundo y protestante que sólo pensaba en su dinero y en sus negocios, pero amigo de la familia y de los parientes que acudían à él para los asuntos importantes, considerándole un cumplido caballero.

Decía el billete: “Amigo; conocéis lo que me tiene trastornada, como también à mi John y à mis parientes. Hoy se reuniràn, por una feliz coyuntura, cuatro ó cinco en mi casa. Me haríais un verdadero favor si



vinieseis à Parque verde, y me ayudaseis à conseguir que los adversarios de mi hijo entraran en razón, ó me convencierais de que debía reducir al deber à mi primogénito. Dejo à vuestra prudencia la elección.—Vuestra afectísima, Ana Needle.”

Leida por el banquero la carta, miró maliciosamente al portador; tomóle de la mano y lo condujo á un salón, diciendole: —Señor Needle, soy el servidor más antiguo de vuestra casa y de muchos parientes vuestros; todos los cuales por su bondad, me juzgan hombre de honor y de corazón. Creo que igualmente vos me considerais tal. . . .

—Y también amigo, añadió John estrechando su mano, amigo verdadero y leal.

—Pues bien; dejad que os hable como amigo. ¿Creeis que un hombre que triplica vuestra edad puede ver más claro que vos en el asunto de las conveniencias mundanas?

—Lo creo, respondió John, adivinando á donde iba la pregunta.

—Podeis pensar que haya tomado un partido, fuera del que conviene á vuestro interés y á vuestro honor?

—Vamos, vamos; dejad los preliminares, y venid á la conclusión.

—Vedla, dijo el banquero: háceme sa-

ber vuestra madre que hoy han llegado á Parque verde algunos parientes vuestros...

—Para no hablar con ellos hoy, he venido á Newcastle.

—Vuestra madre, continuó el banquero, quisiera que interviniese y os aconsejase lo mejor, como también á ella. Oid, señor John; eso de no haber precipitado el asunto os honra mucho.

—No procedí de tal manera por las dificultades de los parientes, sino por un acto de conciencia. sobre todo desde que soy católico, no quiero disgustar á mi madre, santa mujer que me dió la sangre una vez, y me la daría veinte.

—Pues bien: por conciencia, es preciso que devolvais la paz á vuestra casa mediante una determinación definitiva.

—La he tomado.

—¿Cuál?

—Pedir la mano de Julia, ahora que está en su país, haciéndolo con las palabras más honrosas y eficaces: profundamente olvidarla el día en que no me permita el honor insistir más.

—Amigo, me choca no poco este amor de conveniencia, que se marcha ó acude á vuestro gusto.

—¡Oh! ¿Qué quereis? dijo John: soy así;



amo con el corazón, y más aún con la cabeza. Julia me gusta y conozco que la querría de veras: ésta me lo dice. (John se tocó la frente.) Siento que sería mi media naranja. Si después viera claro que la luna es hermosa, pero que no se puede coger con la mano, aguardaría tranquilamente que otra se me pusiera delante.... Creo que me costaría diez años encontrar una semejante. Basta; persuadidme vos de lo contrario, y renuncio á mi capricho, aunque me cueste sangre confesar que dí un tropezón no bien quise disponer la cosa por mi mismo.

—Habladme claro, John (he vivido no poco en el mundo, y sé apiadarme de la juventud): este convencimiento, ¿nace todo de la reflexión, ó media conpromiso formal por alguna galantería?

—Os aseguro, respondió John bastante ofendido, qué á no sufrir mi madre aquel delirio de que teneis conocimiento, ignoraría Julia si la quiero á ella ó á la emperatriz de la China.

—Os creo por vuestra palabra. Entonces, decidme, si la pregunta no es indiscreta, qué razones os mueven. Ella es un sol; esto lo he visto con mis ojos: decidme lo demás que os compele.

John, cobrando alientos por el amor racional que latía en su pecho, dijo con fuerza:—No me compele sólo la circunstancia de ser una de las más bellas criaturas que vivieron bajo la capa del cielo; como ella podría encontrar fácilmente una docena. Lo que no hallaría es una joven que, cual Julia, fuera de mi gusto por completo. Yo lo sé por mi mismo; soy todo de una pieza, incapaz de aprender las mil flexibilidades que la sociedad exige: ella, por el contrario, es tan amable como las *silfides* de nuestros poetas, y compensaría, por consiguiente, mi rigidez. Por lo demás, todos mis gustos son sus gustos: ha estudiado religión más que no pocos pretendidos maestros de Teología; sabe la lengua latina, historia natural, y tantas cosas más, que todos penden de sus labios en las conversaciones.... Para mí, que me quedo en Parque verde con más gusto que si recorriera en carroza las calles de Londres, no es poco encontrar una mujer así, que no se fastidiaría estudiando en mi biblioteca, sin echar de menos las diversiones de las ciudades. Prescindo de la nobleza de su carácter. Baste decir que á mi madre (ya sabéis si es mujer que se deja mandar por los otros) la dominaba como una niña; o-



bedecíala como mis hermanas, y no porque Julia quisiera señorear con atrevimiento. No por mi vida; pero hacíase respetar por la prepotencia de su mente tan educada, y por los atractivos de sus maneras tan amables. Si soy católico, lo soy por su ingenio, y mi madre se convirtió por su corazón.

—No es gran mérito à mis ojos de protestante.

—En mi sentir, prosiguió John, es una prueba de su grande y noble carácter. Un año atrás hubiese jurado que primero se haría el Papa protestante que católica mi madre. Sin embargo, con sus buenos oficios, la dejó en una disposición de todo punto contraria, haciéndose, por añadidura, querer mucho de ella. Creo que no hay sobre la tierra una persona que le inspire tanta confianza como Julia. Estoy cierto de que metería yo en casa tal nuera, que envejecería en sus brazos tranquila y feliz, sin que debiese oír nunca una palabra desagradable, ni media. Al propio tiempo pondría una gran maestra junto à mis hermanas, que la quieren con frenesí. ¡Y ahora salen los prudentes diciéndome al oído que Julia no es de igual condición! Prescindiendo de que hay en su escudo nobiliario una

corona condal, que no pueden mostrar nuestros parientes, créola noble por sus cuatro costados, con nobleza de veinticinco quilates, por más que un inesperado infortunio la obligase algún tiempo à retirarse à nuestra casa. Su padre es un caballero distinguido, dos veces más hoy que dos años antes, por haber pagado à sus acreedores hasta el último céntimo, y por haber preferido quedarse solo con la camisa à figurar una quiebra que salvara lo que pudiese aparte! En fin, miss Julia es noble, es hermosa, es buena, y està modelada según mi gusto: para llegar à ser una cumplida señora fáltale solo mi nombre, que le daré sin falta, como no desdeñe mi amor.—

El maduro banquero dejó llover este discurso filosófico amoroso con la impasible frialdad con que hubiese oído los informes de una nueva operación mercantil que quisieran ultimar con él. Dijo solo à John, por vía de respuesta:—He comprendido.—Y se marchó à Parque verde. Allí, como buen juez pacificador, se puso à oír à la parte contraria, y à examinar à los testigos, pero muy especialmente à mistress Needle. Temia que hubiese John estudiado la materia, dejándose deslumbrar como la



mayoría de los que aman. Por el contrario, por las varias respuestas de la madre infirió que Julia, según la creencia de todos, tenía cualidades más bien superiores que inferiores á las que John le atribuía, no existiendo otros motivos de disgusto que la dote y la condición.—Pues bien, dijo; si tratára de un caso teórico, me decidiría por el no, aconsejando de todas maneras á John que desvaneciese su pensamiento; mas toda vez que las cosas han adquirido la publicidad que concecemos y está enamorado perdidamente....

—Poco á poco, añadió interrumpiéndole una buena tía de John, de trenzas que blanqueaban: me parece que no ha llegado á tal punto. Aquí en casa nunca le han visto haciendo zalamerías á la dama de su madre: su carácter noble no lo hubiera tolerado, y mucho menos lo hubiera sufrido mi hermana.

Perdóneme, respondió el banquero con galantería, perdóneme mi adversaria graciosa; mas debe saber que, así como hay dos especies de borracheras, la del vino y la de la cerveza, hay en el mundo dos clases de enamoramientos: la de los fántásticos y la de los razonables. La primera se distingue por su amor ligero, ruidoso y

rondador, que se manifiesta por medio de monadas, tonterías, dengues y otras locuras, que hacen todos los maricas cuando requiebran y dan de vueltas en torno de la sentimental: hé aquí el vino. La otra especie produce un amor fuerte, duradero y tenáz, que se demuestra del modo siguiente: Se fija uno en determinada mujer, y dice: "Aunque se oponga el mundo, la quiero." Hé aquí la cerveza. Yo conozco un amor racional, nacido por la lectura de un libro, que empolló bajo la ceniza muchos años, cada vez más encendido. Al fin, el autor, que es un cumplido caballero, encontró felizmente á la lectora, que es una perla.... En aquellos años no se habían visto personalmente, ni en pintura, ni se habían escrito nunca una línea. El primer conocimiento se hizo por fotografía, cuando la negociación estaba ya casi sellada y bendita. ¿Qué le haríamos si John hubiese cojido una embriaguez de tal clase? En mi sentir, tendríamos sólo que acabarle de arreglar la cosa. ¡Pero la dote! Volvemos á lo mismo: si hubiéramos de comenzar, diría:—Atiéndase también á esto; habiendo la chanza ido tan adelante digo: Hagáse de la necesidad virtud. Por fortuna, el señor John no adelantará mucho con ocho ó diez mil



libras esterlinas, ni retrocederá mucho si no las logra; por añadidura, el que se contenta, goza.

—Además, observó mistress Needle, conviene decir que la señorita Julia tiene dote sin duda: una casa junto al mar, á dos pasos de Nápoles, y unas cien mil libras en poder de banqueros . . . y acaso alguna cosa más que saldrá; en suma, no se puede decir que venga sólo con lo puesto.

—Son bagatelas, respondió el amigo, más algo es. No veo sino una dificultad seria: la de haber llevado el nombre de dama de compañía, y maestra, cabalmente aquí (los circunstantes oyeron entonces con más fijeza). Ciertamente, debiendo el señor John elegir en el ramo, no le diría: Arroja esta carta; más habiéndola tirado, conviene indagar si toda regla sufre excepción. No se trata de una joven del vulgo, que ha subido con un poco de mónita, sino de una doncella de clarísima sangre, que cualquier noble de su país hubiera podido llevar á los altares dos años atrás con grande honra; de una doncella de carácter hermoso y de fina educación, que, si bien eclipsada un instante por la suerte infeliz, no lleva en sí ni en sus parientes mancha alguna deshonrosa. Sostengo que

la casa Needle no se rebaja emparentando con su familia . . . Mucho más si el marido y los parientes saben con leales y generosos miramientos poner á la esposa en el grado debido. Así no le obligarían á él á dar ninguna campanada con disgusto común, manteniéndose, sin detrimento del decoro, la paz de la familia.—

Calló entonces el consejero. Nadie tenía contra Julia personal adversión; habíanla visto y admirado en las conversaciones muchas veces, conociendo además á qué lado se inclinaba la madre del joven. Oídas las sensatas reflexiones de un hombre desinteresado y conocedor del mundo, comenzaron á retroceder, casi desdiciéndose:—Nunca he dicho yo que la casa quedaría deshonorada, comenzó uno.

Otro:—No ha sido mi ánimo hacer la oposición; aduje solamente algunas observaciones.

—Al fin de cuentas, replicó una señora, mistress Ana dirá si quiere á Julia por nuerá.

—Contento John, contentos los demás, añadían otros: trataremos á la pareja feliz como corresponde.

En una palabra, una conversión general, en la que todos caían: primero los hom-



bres, y después las mujeres. Parecía que cada uno deseaba decir:—Yo no me opuse.—Mistress Needle, logrado así su propósito, y creyendo concluido lo fuerte de la guerra civil, licenció á su corazón para que obrase según sus afecciones, en armonía completamente con las de su primogénito. Dirigió sus solicitudes á la guerra exterior, procurando vencer las dificultades de la propia Julia, que hasta entonces había disimulado, para no proporcionar nuevas armas á sus enemigos. Tomó sus medidas con el joven antes de que surgieran otras contradicciones. Pensaba éste ir derechamente á su fin, escribiendo al conde Octavio de los Laureles y á Julia: no sabía imaginar otro medio.

—No, dijo la madre; estos asuntos los arreglan mejor las mamás entre sí que los hombres, y sobre todo los jóvenes, que suelen echarlo todo à perder. Escribe un billete tú, destilando en él una gota del corazón, y pensaré yo en lo demás.

Escribió ella realmente una carta cumplidísima al conde de los Laureles, exponiendo el designio de John, protestando que lo aprobaba, y pidiendo formalmente la mano de Julia para su hijo. Recibió á vuelta de correo una cumplidísima respues-

ta, en la cual el conde francamente rechazaba el partido propuesto, indicando con dignidad la razón de las conveniencias sociales, por las que Julia no accedía, sin que pensara contradecirla. Mistress Needle calló enteramente á John la negativa. Escribió de nuevo que no se le ocultaba que podrían surgir algunas dificultades; pero que limitándose á la de las conveniencias, la discutiría personalmente, puesto que tardaría poco en ir á Italia, con el fin de pasar el invierno.

La joven, á quien su padre dió á leer la réplica, dijo:—Sabré desvanecer esta maquinación. Halladme un convento en Roma, donde me pueda retirar, si es necesario. No bien sepamos que vienen, me iré á él. Les direis:—Perdonad; el otro día precisamente Julia se marchó, á fin de hacer ejercicios espirituales. Entonces comprenderán que no quiero entrar en este asunto.—Agradó al padre de Julia el enérgico expediente, por haber aprobado de todo punto las intenciones de su amada, por si mismas, y también por no descubrir en ella ningún afecto al joven solicitante. Para el retiro de Julia, se designó el monasterio de Villa Lante, en Roma, donde no se halló dificultad alguna. La excelente joven tuvo



pronto dispuesto el saco de noche para su padre, y para sí lo suficiente, durante algunas semanas á fin de poder siempre subir al tren y tomar las de Villadiego.

Sólo que ni ella ni su padre habían contado con la huésped. Cinco días después de su carta, y nomás, mistress Needle llovía sobre Nápoles, dirigiéndose con sus pequeñas derechamente á casa del conde. ¡Casualidades que ocurren! El conde, la condesa y Julia estaban á punto de salir á paseo: quedaron sorprendidos casi á la puerta. Todas las políticas y estrategias, meditadas con gran estudio, resultaron inútiles por el hecho, y Julia se halló en los brazos de mistress Needle, así como devorada por los besos y caricias de sus alumnas. La idea de huir á Roma después que su dulce amiga y bienhechora había llegado á Nápoles, convertíase para Julia en una grotesca grosería y en una verdadera ridiculez. No le quedó más partido admisible que armar su corazón para la inevitable batalla, en la cual estaba resuelta firmemente á quedar vencedora.

## LXXXIX.

## EL AMOR RACIONAL.

Durante los primeras días que mistress Needle pasó en Nápoles, no dió batalla contra el corazón de Julia; ni siquiera la intentó con una escaramuza. Sacábala, sí frecuntemente de su casa, queriéndola consigo durante el día para los paseos, así como temprano para ir á las iglesias y hacer las devociones. En esto la convertida y la napolitana iban acordes como Cástor y Polux. El primer fuego se abrió una semana después, presentando la señora una carta de John, dirigida "A la noble dama